EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11058

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 16 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD

En distintas ocasiones y con empeño digno de resultados mejores, nos hemos ocupado del establecimiento de una Caja de Ahorros, y de un Monte de Piedad que fuera completamente de aquella institución; mas, por desgracia, nuestra voz se perdió en el vacío

Al calor de nuestra defensa, se inflamó en entusiasmo alguna vez mas de un alma generosa y sintió el deseo de poner una piedra en obra tan selecta; pero el entusiasmo fué pasagero, el deseo se extinguió enseguida, los propósitos no arraigaron y el pensamiento quedó en el abandono, esperando momento oportuno para manifestarse nuevamente.

¿Seremos esta vez más felices y lograremos lo que no pudimos en otras ocasiones? ¡Quién sabe! La realización de toda obra requiere constancia y ésta no nos falta. Si no logramos ahora realizar nuestro propósito, tendremos paciencia y enmudeceremos para volver sobre lo mismo en otra ocasión. Mientras tanto quedará echada en el surco la semilla y ella germinará y dará fruto. Precisamente lo bueno encuentra siempre acogida entusiasta en esta población y buenos son y más que buenos la Caja de Ahorros y el Monte de Piedad.

Si los que se encuentran en actitud para acometer esa obra meritísima se persuadieran de que no se necesita un esfuerzo sobrehumano para realizarla ya estaría hecha. Con poco capital habría bastante para las primeras operaciones; después el ahorro de las clases jornaleras haría lo demas para que viviera el Monte.

No se necesitan muchos miles de duros sino unos pocos millares de pesetas; y como esta cantidad no es fabulosa, ni mucho menos, y el sacrificio del adelanto podría reducirse á medida que se lo repartieran más personas, la mejora que defendemos es hacedera y sobre hacedera facilísima y sobre facilísima muy necesaria, si se quiere que entre la clase jornalera de esta población se propague alguna vez la costumbre del ahorro.

Continuamente se le echa en cara a dicha clase que no piensa en el mañana y que el dinero que debia ahorrar para atender a casos de enfermedad ó á otros imprevistos, lo malgasta en diversiones; ocurriendo que cuando llegan los momentos de apuro se vé precisada á echarse en brazos de la usura que la explota sin compasión

La censura no deja de ser razonable; pero no la merecería el obrero si se le facilitara el medio de poder depositar la peseta en sitio que no estuviera de continuo á su alcance, porque si el deseo se aviva y hay dinero á mano no hay voluntad capaz de resistirlo.

Y no hablemos de los que por falta de trabajo, por enfermedad ó por otras causas se ven obligados a desprenderse de la alhaja o de la ropa; esos rara vez recuperan lo que empeñan, porque lo que llevan al usurero naufraga entre fabulosos intereses.

¡Cuánto bien recibirían esos desgraciados si pudieran recurrir al Monte de Piedad!

¡Y cuánta sería la satisfacción que sentiríamos nosotros si estas líneas escritas sin método, al correr de la pluma, tuvieran la virtud de sunar voluntades y despertar entusiasmos que empujaran á la realización de la buena obra!

GLORIAS NACIONALES

Reconquista de Antequera

16 de Septiembre de 1410.

Por haber terminado la tregua pactada con el rey granadino Cid-Yusuf, á principios de 1410, dispuso el infante don Fernando, más tarde llamado *el de Antequera*, llevar nuevamente la guerra á los territorios musulmanes, por cuyo motivo en el mes de Abril de aquel año acampaba un ejército cristiano de 10.000 peones y 2.000 lanzas en la ribera del rio Yeguas, no lejos del límite del reino de Granada.

Dividido el ejército en cinco cuerpos, cuyos mandos respectivos encomendó don Fernando á Ruy López Dávalos, D. Alfonso Enríquez, D. Gómez Manrique y D. Diego Ponce de León, reservándose él la dirección de uno de ellos, púsose en marcha, y el 27 del mencionado mes llegó ante los muros de Antequera.

Apenas habían terminado las obras necesarias para acampar y comenzado las de sitio, llegó en auxilio de los de Antequera un ejército bastante más numeroso que el sitiador, reunido en Archidona por el monarca granadino, con el cual tuvieron que librar batalla los cristianos, la que, afortunadamente, terminó con una completa y desastrosa derrota de los infieles, pudiendo entonces proseguir las huestes de D. Fernando las obras de sitio, tan luego llegaron al campo de los sitiadores unas bastidas mandadas construir en Sevilla para dar el asalto, comenzaron los trabajos para cegar el foso que defendía la muralla, por no poderse arrimar á ésta aquellas escalas; más hubo que suspenderlos á causa de las muchas bajas que los moros hacían, hecho que enojó al infante, quien para dar ejemplo cogió una espuerta llena de tierra y con paso lento, sin preocuparse por la lluvia de piedras, balas y saetas que caía á su derredor, dirigióse al borde del foso, donde vació la tierra, y volviendo al lugar en que se hallaban los suyos les dijo en alta voz: *habed vergüenza é faced lo que yo hago.*

Todos los soldados imitaron la conducta de su señor, y, aunque á costa de bastantes muertos, al fin lograron cegar el foso, viéndose entonces que las bastidas eran cortas; mas ni este contratiempo ni otros que se sucedieron, por lo cual el sitio se hizo más largo de lo que se esperaba, desalentaron á los sitiadores. Firmes en su propósito de apoderarse de Antequera, no reparaban en las bajas que sufrían, ni en el cansancio, que aquel continuo pelear les ocasionaba, ni en las enfermedades á que daban lugar las fatigas y las privaciones naturales en tan largo sitio, y gracias á tan grande energía, el pendón de Castilla fué enarbolado en la ciudad musulmana el 16 de Septiembre, después de casi cinco meses de sitio.

En la mañana de este día, el artillero Juan Gutiérrez de Torres, seguido de unos cuantos compañeros, subió por una bastida á la torre en que se hallaba arrimada, y después de dar muerte á los que la defendían, izaron la enseña castellana y protejieron la subida de otros soldados.

Favorecidos por la consternación que entre los sitiadores produjo tan inesperado hecho, los cristianos arrimaron las escalas á varios puntos de la muralla, y poco después empeñaban sangrienta lucha en las calles de la ciudad.

Los infieles, cuando vieron perdida su causa, se refugiaron en el castillo, donde continuaron peleando hasta el día 24, fecha en que se rindieron sin condiciones.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA INTERNACIONAL

[De nuestro servicio especial]

Mientras no escasa representación de la prensa extranjera decía á voz en grito que era inevitable el rompimiento entre Inglaterra y Rusia, muy contados escritores, y entre ellos nosotros, sosteníamos la opinion de que la anunciada guerra no surgiría, por no convenir á ninguna de las dos naciones, particularmente á la primera, que era, según decían, la que había de lanzar el reto, y, afortunadamente, hemos acertado los que por estudiar en debida forma el asunto marchamos contra la corriente de pesimismos, mas ficticios que verdaderos.

Cuando ingleses y franceses avanzaban en sentido contrario por la región del Niger, haciendo temer que el forzoso encuentro que había de ocurrir fuera la chispa que incendiara la mina, el ministro de las Colonias, Mr. Chamberlain, pidió la alianza de Inglaterra con los Estados Unidos, para de un golpe solucionar con las armas el asunto del Niger, pendiente con Francia, y el de China, pendiente con Rusia

El proyecto del campeon de la alianza anglo sajona encerraba probabilidades de éxito para la Gran Bretaña; porque dividía las fuerzas de la duple en forma que era imposible ninguna clase de auxilios, y sin embargo, se desechó el sueño de Chamberlain, y el problema del Niger lo llevó á feliz término la diplomacia. Fijándonos en esto, en que Inglaterra lucharía con mucha desventaja, respecto á Rusia, en China, y en varios hechos que son otras tantas razones para que Inglaterra rehuya toda guerra con cualquier potencia europea, en una de las crónicas en que hablábamos de los antagonismos que entre rusos é ingleses habían creado sus encontradas pretensiones sobre China, consignamos la creencia de que el asunto se solucionaría en la misma forma que el del Niger, no menos peligroso y de difícil solución que aquel y así ha sucedido ó sucederá, porque el asunto está en manos de los diplomáticos.

***

La proposición de desarme formulada por Nicolás II, como el asunto de que nos hemos ocupado mas arriba, ha sido relegado á segundo término.

Puede decirse que ya nadie se acuerda de la circular del conde de Muravieff, no solo por que otros asuntos internacionales la han robado la atención que hacia ella se reconcentraba, sino tambien porque, unos mas y otros menos, todos nos hemos convencido de que el pensamiento del czar es irrealizable, al menos por ahora, por oponerse á ello la mayoría de las potencias europeas, no obstante los grandes beneficios que en general reportaría el desarme; porque para llegar á él sería preciso la devolución de terrenos conquistados; que todas las potencias desistieran de sus pretensiones, de expansión territorial,

---

Seguía lloviendo y ventizcando, y el marqués estaba mojado hasta el pellejo y aterido de frío.

Aquello, según él me ha confesado, le costó una pulmonía que le puso á las puertas de la muerte.

Pero se salió con la suya.

La silla de manos llegó al postigo de la Vega, llamó á él de una manera particular, dando tres golpes lentos y después algunos golpes precipitados con un objeto duro, sin duda con la empuñadura de su daga, el hombre que escoltaba la silla de manos, y el postigo se abrió.

Pasó la silla, pasó el que la guardaba, y cerró el postigo.

Pero inmediatamente, el marqués, que amparándose de la densa oscuridad de la noche y del zumbido del viento para no ser visto ni sentido, se había acercado á la silla, al llegar ésta á los muros avanzó rápidamente, y antes de que el postigo se cerrase por completo, llegó á él y le empujó.

El que cerraba el postigo se opuso á que pasara; pero el marqués dió su nombre, y como era tan gran personaje y tan conocido, el guarda le dejó pasar, disculpándose humildemente de haberle detenido.

El marqués siguió á la silla de manos tomando otra vez distancia.

La silla de manos entró por la calle de Malpica, siguió por la Real de la Almudena, por la del Sacramento, por la pazuela del Cordón; de allí bajó á la calle de Segovia, la atravesó, se metió en la villa, llegó á Puerta de Moros delante de una gran casa, torció, entró en la calle del Almendro, siguió la tapia de un jardín, se detuvo junto á un postigo, llamó el hombre que acompañaba á la silla, se abrió el postigo, la silla y su guarda entraron, volvió el postigo á cerrarse, el marqués tomó bien las señas, y ya con la fiebre de la pulmonía que había cogido, se fué á su casa, se metió en la cama, y después de haberse visto el rostro á la muerte, salió de su casa á los quince días, ya completamente restablecido, para presentarse al rey, que le recibió con mucha benevolencia, porque era gran privado suyo.

VI.

Pero durante su enfermedad, el almirante don Juan Tomás Enriquez de Cabrera había tomado un gran ascendiente sobre el débil monarca, en daño del marqués de Castrovielejo.

Ya sabeis, señora, cuánto importa á los que viven en la córte y de la córte, poseer un secreto del

se volvió seguido del marqués, pero sin repararlo; llegó al postigo, le abrió con llave, entró y cerró.

VII.

El marqués, que estaba aquel día libre de servicio, se entró en un casucho inmediato, dió algun dinero á la dueña, que era una vieja, porque le permitiese estar acechando desde una ventana, se sentó junto á ella, y á sus horas de costumbre comió lo que la vieja le condimentó, mal y de mala manera, sin dejar nunca de mirar al postigo.

El marqués sufrió un plantón de los buenos durante todo el día; llegó la noche, y por cierto oscura y cerrada y el marqués salió de la casa.

Pero no dejó su acechadero, sino que le continuó, ocultándose en el mismo soportal en que se había ocultado por la mañana.

VIII.

La noche, aunque oscura y tranquila, no llovía, no soplaba el viento, no hacia un frio excesivo.

Pero pasaba el tiempo, y el postigo permanecia cerrado como lo había estado todo el día.

Dieron las ánimas.